

Jean-Jacques Rousseau

Las ensoñaciones del paseante solitario

Introducción, traducción y notas
de Mauro Armiño



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Les rêveries du promeneur solitaire*

Primera edición: 1979
Tercera edición: 2016
Segunda reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Grabado en color representando a Jean-Jacques Rousseau (Francia, s. XVIII). Colección particular.
© ACI/ Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: Mauro Armiño
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-486-4
Depósito legal: M. 25.874-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo, de Mario Armiño
- 25 Bibliografía
- 31 Cronología

Las ensoñaciones del paseante solitario

- 47 Primer paseo
- 58 Segundo paseo
- 72 Tercer paseo
- 91 Cuarto paseo
- 114 Quinto paseo
- 129 Sexto paseo
- 144 Séptimo paseo
- 165 Octavo paseo
- 180 Noveno paseo
- 199 Décimo paseo

Apéndices

- 205 Cartas de baraja
- 217 Mi retrato
- 228 Cartas a Malesherbes
- 251 Rousseau, por Bernardin de Saint-Pierre
- 284 Noticias literarias

Prólogo

Póstumas, como las *Confesiones*, de las que se quieren complemento, *Las ensoñaciones del paseante solitario* son ese libro escrito para uno mismo, aunque el destinatario sean los demás. El viejo Rousseau, en esto que han calificado de testamento, juega su última pirueta, a vueltas con su propia vida y su reflexión en el espejo de los demás, sobre unos alambres extraños a la época: la autoafirmación, el orgullo, la tozudez propia de quien se ha santificado a sí mismo frente al mundo. Porque éstos son los alambres que lo sostienen, *Las ensoñaciones* no podían ser escritas con los pies en la tierra de la lógica ilustrada, y mediante el recurso de la «ensoñación», de la *rêverie* —que no del sueño—, Rousseau va mezclando realidad y manipulación, sentido común y atrabiliariedad en una prosa hábil, nueva para el oído francés, con más poesía que prosa, por esa adecuación del lenguaje a la búsqueda interior.

Me interesa aclarar este arranque rousseauniano, incomprensible si lo comparamos con la sardónica escritura de Voltaire, o la sequedad pautada de sabidurías de Diderot, sus enemigos y coetáneos: el punto disímil de *Las ensoñaciones* respecto a su época está ya en el título: *Les rêveries du promeneur solitaire*, que por vez primera se traduce al castellano como *Las ensoñaciones del paseante solitario*, frente a las habidas hasta ahora: *Meditaciones del paseante solitario* y *Reflexiones de un paseante solitario*, que indico en la bibliografía al fin de este prólogo. El término *rêverie* es para Rousseau polivalente, porque tan pronto alude a un estado contemplativo, casi místico, como a una meditación con base en el raciocinio más riguroso. En la imprecisión que Rousseau da a este término llega a significar incluso toda una cadena de connotaciones por ampliación del significado a la realidad tangible o física: Grenier ha señalado que para Rousseau paseo equivale a soledad, soledad a ensoñación, ensoñación a meditación: «La ensoñación me cansa y me divierte..., la reflexión me fatiga y entristece. A veces mis ensoñaciones terminan en la meditación, pero más a menudo mis meditaciones terminan en la ensoñación», con lo que parece establecerse una separación tajante entre reflexión/meditación y acercar, en cambio, meditación/ensoñación. Sin embargo, en otros pasajes *rêverie* y reflexión resultan casi sinónimos. Son varios los fragmentos –en las *Confesiones*, en *Diálogos de Rousseau juez de Jean-Jacques*, en *Las ensoñaciones*– en que Rousseau utiliza el término *rêverie* con una intención definitoria: de hecho, la *rêverie* es un estado caracterológico de Rousseau, inherente a su forma de ser y de estar, según confesión propia:

Jean-Jacques –dice en los *Diálogos*– es indolente, perezoso, como todos los contemplativos: pero esa pereza sólo está en su cabeza... No puede sufrir una ociosidad absoluta: es preciso que sus manos, sus pies, sus dedos actúen, que su cuerpo esté en ejercicio, y que su cabeza permanezca en reposo. De ahí viene su pasión por el paseo; está en movimiento sin estar obligado a pensar [...]; en la ensoñación no se es activo. Las imágenes se pintan en el cerebro, se combinan como en el sueño, sin el concurso de la voluntad; se deja a todo esto seguir su marcha, y se goza de ello sin actuar [...]. De esta inclinación por las dulces ensoñaciones he visto derivar todos los gustos, todas las inclinaciones, todos los hábitos de Jean-Jacques, sus vicios mismos, y las virtudes que pueda tener.

Desde la edad de cinco o seis años tuvo *rêveries*, una especie de conciencia ininterrumpida de sí mismo, una facilidad para la incorporación de su mente a un mundo ideal, protagonizado por él a su gusto: el acicate para esta ensoñación fueron las lecturas de Plutarco, sobre todo, y sus *Vidas de hombres ilustres*, en cuyas biografías se encarnaba: sueña Rousseau lo que lee en esta edad infantil; en la adolescencia hará lo mismo con las novelas, ayudado por los viajes a pie de Ginebra a Annency y Turín, que facilitan su estado quimérico; de una de esas quimeras habría de nacer el germen de *La nueva Eloísa*; en su vida adulta, y sobre todo en la vejez, de la que brotan *Las ensoñaciones*, sueña lo que escribe, sueña una realidad hostil –el complot de sus antiguos amigos–, que no lo fue tanto: mediante la ensoñación consigue uno de los caracteres de su personalidad: el rechazo de lo real y el refugio en sí mismo, para desarrollar dos ideas abstractas que a duras penas encontramos en otros coetá-

neos: las nociones de sentimiento y, sobre todo, de sensación.

En la primera de las *Cartas de baraja* que incluyo en el apéndice tenemos al personaje retratado desde este ángulo:

Para justificar bien el título de esta recopilación [*Las ensoñaciones*] habría debido comenzarla hace sesenta años: porque mi vida entera no ha sido apenas otra cosa que una larga ensoñación dividida en capítulos por mis paseos de cada día [...]. Ya siento helarse mi imaginación, debilitarse todas mis facultades. Cuento con ver mis ensoñaciones volverse más frías día a día hasta que el hastío de escribirlas me prive de ánimo; así mi libro [...] debe acabar naturalmente cuando me acerque al fin de mi vida.

Establece Rousseau la paradoja desde el título y los primeros párrafos, pues describe la interioridad caracterológica propia más íntima a partir de la exterioridad, de un medio externo al propio acto de la ensoñación; la exterioridad es tan notoria que él mismo alude en la frase citada a ese «helamiento» que se produce en su facultad de soñar, en las funciones de la imaginación: la paradisíaca estancia en la isla de Saint-Pierre había ocurrido doce años antes de la escritura del quinto paseo, y la ensoñación más claramente transcrita, la que precede al accidente de Ménilmontant, tenía varias semanas cuando redactó el segundo. Hay más paradojas en el juego: la primera quizá sea el intento de trasladar ese proceso íntimo, ese estado prendido por algodón a la conciencia, a la letra que pretende ser metalenguaje del movimiento anímico del ensoñador: traducir sueño-ensueño a lenguaje, meditación –con lo que para él tiene de sensación frente a reflexión y vigilia– a ló-

gica es imposible por la afirmación de elementos contrarios: la conciencia, en el estado de ensoñación, afirma ante todo su fijeza en sí misma, su adherencia total a la interioridad, y el acto de escribir es exterior, va incluso contra la verdad viva del sentimiento, según puede desprenderse de las opiniones de Rousseau en un ensayo de sin igual importancia para la actual lingüística, el *Essai sur l'Origine des langues*: los signos convencionales de la escritura no pueden dejar de ser extraños a la intimidad viva, por ser un metalenguaje inscrito en el mundo de la opacidad, por ser un neutralizador de lo vivo: el espejo para Rousseau no tiene nada de stendhaliano, se limita a ser un sucedáneo, una falsilla. La escritura que pretende la traslación de la *rêverie* conlleva necesariamente inautenticidad.

Pero Rousseau no se vincula tan simplemente al juego del espíritu, no quiere limitarse a una traslación, por otra parte imposible, a un *stream of consciousness* manipulado para la imprenta: Joyce está todavía lejos. Al escribir la *rêverie* no pretende transcribirla a secas; quizá no pretende siquiera su transcripción; lo que hace en este trabajo literario es buscarla, cercar la *rêverie*, utilizar la letra a la búsqueda de la ensoñación perdida, y este remedo del título de Proust es una alusión a las vinculaciones que estos dos escritores, el Rousseau de *Las ensoñaciones* y el Proust de *A la recherche du temps perdu*, tienen: «al querer recordar tantas dulces ensoñaciones, en lugar de escribirlas volvía a caer en ellas».

Así, sobre la palabra carga una función poética, mágica, que debe permitirle recuperar lo que Starobinsky califica de «la esencia evasiva del pasado y lo inefable».

Y si ahora pasamos del escritor a la tercera dimensión, el lector, la paradoja vuelve a recubrir la lectura de *Las*

ensoñaciones del paseante solitario con intenciones declaradas y ocultas: miente la letra. Falsedad de la escritura que se niega en su destinatario más evidente a primera vista: el lector, rechazado una vez y otra por Rousseau como extremo del recorrido del mensaje. El «para quién» sartreano expreso en su negatividad existe, somos nosotros, ese lector negado tres y más veces por el paseante solitario en sus ensoñaciones. De ahí la paradoja de este escritor bien extraño que, negando el cometido más propio de la escritura a primera vista –según ámbitos profesoriales, la comunicación– se instituye como receptor único de su soliloquio, despreciando al público mediante un recurso retórico atenuado: la justificación razonada de su apartamiento, la explicación al lector del rechazo del lector. No es el «contigo hablo, bestia fiera» que le endilgara Ruiz de Alarcón. Rousseau sabe mucho de misticismo y teje la ficción del personaje tal cual quiere ser visto, pues *Las ensoñaciones* no dejan de ser un capítulo más de la novela de su vida (*Confesiones, Diálogos* y demás escritos autobiográficos). Y si escribo misticismo no es como falaz metáfora: en este *cabier* de rememoración que es *Las ensoñaciones del paseante solitario* están expresos repetidamente los motivos: «Su lectura me recordará la dulzura que siento al escribirlos, y haciendo renacer así para mí el pasado, duplicará por así decir su existencia...». Pretende la escritura trasladar la ensoñación para convertirse a su vez en fuente de ensoñaciones futuras, lo mismo que antes de ser escrita ha sido fuente de recaídas: «Al querer recordar tantas dulces ensoñaciones, en lugar de escribirlas volvía a caer en ellas».

Esta utilización, mística, mistificante incluso, de la escritura tiene un destino, y Rousseau lo sabe, distinto al

declarado, un lector –de aquel hoy o de este mañana– al que quiere poner de su parte con ese y otros recursos empleados desde el principio mismo de las ensoñaciones, que arrancan con el patetismo empleado en la cabecera, ese primer párrafo:

Heme aquí pues, solo en la tierra, sin más hermano, prójimo, amigo ni compañía que yo mismo. El más sociable y más amante de los humanos ha sido proscrito por un acuerdo unánime. Han buscado, en los refinamientos de su odio, el tormento que sería más cruel para mi alma sensible, y violentamente han cortado todos los lazos que me ataban a ellos. Habría amado a los hombres a pesar de ellos mismos. Sólo cesando de serlo han podido sustraerse a mi afecto. Helos ahí ahora, extraños, desconocidos, nulos al fin para mí puesto que lo han querido. Pero yo, desligado de ellos y de todo, ¿qué soy yo? He ahí lo que me queda por averiguar. Por desgracia, tal búsqueda debe ir precedida de una ojeada sobre mi posición. Es ésta una idea por la que necesariamente debo pasar para llegar de ellos a mí.

Pero este principio apocalíptico no es sino remedo del tema estoico de la *adiaphoria*, circunscrita a los puntos que va a desarrollar en los paseos. Y no es lo que va a decir lo de mayor interés: ya lo había contado casi todo en las *Confesiones*, sino cómo aparece el escritor a una lectura reflexiva, al hilo de lo narrado: y ahí está la letra que denuncia y desenmascara a Rousseau, *tour a tour* en estos paseos y en su «registro fiel» –literario– de sus últimos días: el buen viejo que pretende ser, y así lo dice, resulta desde una perspectiva crítica un hombre caduco de bilis cenicienta; apocalíptico, apela al caso para erigirse

frente al mundo («solo..., sin más hermano, prójimo, amigo ni compañía que yo mismo»); bilioso, admite la carga de bilis que el temperamento suscita en su cuerpo ante sus enemigos; coqueto como una vieja dama empolvada, hace mohínes y dice medias verdades una vez y otra, jugando a la contradicción sutilmente y declarando falsas intenciones; hipócrita, se dice indiferente de la suerte de su libro, cuyo estilo pule constantemente, como demuestran las numerosas variantes del manuscrito, para el que incluso prepara un esbozo al dorso de las cartas de una baraja; jactancioso, se autoafirma como el ser más honrado de su tiempo: «Con todo –escribe a Malesherbes–, moriré lleno de esperanza en el Dios Supremo, muy convencido de que de todos los hombres que he conocido en mi vida, ninguno fue mejor que yo»; caótico, adelanta su muerte para el mundo, cuya sombra le amenaza –recurso sutil de persuasión–, e incluso invoca en esas cartas a Malesherbes la idea del suicidio; tajando lazos con el resto de la humanidad, entona la salmodia del *finis-terrae*: «Todo se ha acabado para mí en la tierra. No se me puede hacer ni bien ni mal. Nada que esperar ni que temer me queda en este mundo, y heme aquí tranquilo en el fondo del abismo, pobre mortal infortunado, pero impasible como el mismo Dios». Maníaco, verá en todas partes persecuciones, odios, conspiraciones contra él, hecho blanco de la maldad del mundo todo; hipersensible –hipersensibilidad que origina su manía persecutoria–, rebuscará en las entretelas de su naturaleza y de sus humores las briznas más sutiles que alimentan sus sentimientos y su razón para abordar, por enésima vez, el esclarecimiento de sí mismo y de su conducta, para rendir, según dice, las cuentas de la hora su-

prema, aunque de hecho lo que pretende es justificarse ante el mundo y acusarlo.

Y este ser lleno de fobias, de revueltas casi animales, instintivas, de delicadezas dominadas sólo por la impresión, por la sensación, ¿coincide con el «ilustrado»? Una vez más, el encasillamiento del conjunto ha construido la falacia, que se redondea con el adjetivo de «prerromántico» que suele adjudicarse a algunos escritos, entre ellos *Las ensoñaciones*, para que la disparidad entre los primeros escritos y los últimos quede cercada. La germinación de unas peculiaridades, adscritas luego al movimiento romántico, la del sentimiento, la de sensación, se da en Rousseau, pero también en otros franceses; Bosuet, ante el avance de estas notas, se había preguntado: «El encanto de sentir, ¿es, pues, tan fuerte?». Ese encanto de sentir es quizá la marca subyacente en el Rousseau ensoñador: un encanto de sentir en el alma que se produce sobre todo en medio de los paseos, «cuando dejo mi cabeza enteramente libre y a mis ideas seguir su inclinación sin resistencia ni traba».

La evasión ensoñadora, que en el segundo paseo queda relatada de modo veraz, iba a ser rota por un brutal accidente en Ménilmontant al ser atropellado en medio de su ensoñación por un gran perro danés. La crítica viene haciendo hincapié en este pasaje, comparándolo con otro de los *Essays* de Montaigne: ambos escritores recuperan el conocimiento tras una caída: Montaigne, racional, mentalmente; Rousseau, sensitivamente, a través de la sensación visual que le devuelve la conciencia de su existencia. Pero en la breve ensoñación que precede al accidente, Rousseau ha actualizado su vida pasada en un

marco armónico: de ahí habían de salir las reflexiones del tercer paseo, el examen «severo y sincero» cuyos temas esenciales están apuntados en la carta de baraja número 27:

- 1.º Conócete a ti mismo.
- 2.º Frías y tristes ensoñaciones.
- 3.º Moral sensitiva.

¿Cómo debo comportarme con mis contemporáneos?

Sobre la mentira.

Demasiado poco..... Eternidad de las penas.

Moral sensitiva,

auténtico programa de introspección derivado precisamente de ese 24 de octubre, de la cercanía que Rousseau sintió de la muerte, y de su reacción frente a la reacción del mundo ante el falso rumor de que había perecido: éste es precisamente el núcleo organizador de *Las ensoñaciones*, como la iluminación de Vicennes lo había sido de sus dos primeros *Discursos* y del *Emilio* –la refiere él mismo en la segunda carta a Malesherbes. Rousseau se ve rodeado totalmente por sus enemigos, que esperan el momento de su muerte para arrojarse sobre sus despojos y destrozar no ya el cuerpo, sino lo que para él era más sagrado: su memoria, sus escritos.

Elemento desencadenador del libro –no de las ensoñaciones, que experimentaba desde su infancia– fueron los últimos sucesos a partir del momento en que Rousseau, tomado por una extraña locura, va a depositar en el altar de Notre-Dame el manuscrito de *Rousseau juge de Jean-*

Jacques (Diálogos), en febrero de 1776, que no eran sino nuevas declaraciones ante el tribunal del mundo de su inocencia. Pero inocente, ¿de qué? Porque leyendo sólo a Rousseau puede tenerse la impresión que él quiere causar: la de estar perseguido sañudamente por todos, a que le llevaba su exacerbada manía persecutoria, que veía segundas intenciones por doquier y en todos; sin embargo, en ese momento de mayores quejas y angustias era agasajado por la alta sociedad francesa y europea: el príncipe de Ligne le visitaba en 1770; en enero de 1771 pudo enviar sus *Confesiones* al príncipe de Suecia, que tres meses más tarde era coronado; en mayo de 1772 recibía en su casa al duque de Alba, con el que mantendría una correspondencia amistosa; en enero de 1774 le eran presentados los príncipes rusos Galitzin y Stroganoff; los científicos europeos le rendían homenaje y seguidores de sus teorías pedagógicas le visitaban para conocerle: por la rue de la Plâtrière (hoy rue Jean-Jacques Rousseau, en el *quartier* de Saint-Eustache) pasaron sucesivamente, entre otros, Björnstahl, alumno de Linneo; el doctor Burney, traductor de su *Devin du village*; Goldoni; Thomas Day, para presentarle a su hijo, educado según los principios del *Emilio*; Brooke Boothy, que en 1776 recogió de sus manos los *Dialogues de Rousseau juge de Jean-Jacques* para editarlo con cuidado ejemplar. Contaba además con la protección del príncipe de Conti; luego, con la del marqués de Girardin.

La necesidad de justificarse se une en las *Confesiones* a ataques, o mejor dicho, a versiones subjetivas que, conocido el texto en lecturas privadas, originaron réplicas: la lectura de los seis últimos libros de las *Confesiones*, en mayo de 1771, en casa de los condes de Egmont,

y en presencia del príncipe de Pignatelli, de la marquesa de Mesme y del marqués de Juigné, provocó la intervención de Mme. d'Épinay, bastante malparada en el texto: Rousseau había declarado tras la lectura algo sorprendente:

He dicho la verdad. Si alguien sabe cosas contrarias a lo que acabo de exponer, aunque estén mil veces probadas, sabe mentiras e imposturas, y si se niega a profundizarlas y a esclarecerlas conmigo mientras yo esté vivo, no ama ni la justicia ni la verdad. Por lo que a mí se refiere, lo declaro en voz alta y sin temor: quien, sin necesidad de leer siquiera mis escritos, examine con sus propios ojos mi natural, mi carácter, mis costumbres, mis inclinaciones, mis placeres, y me crea un hombre deshonesto, es un hombre a ahogar.

La prohibición de las lecturas a instancias de Mme. d'Épinay no se hizo esperar, provocando en Rousseau una larga crisis, de la que saldrían, en medio de la tormenta, los *Dialogues de Rousseau juge de Jean-Jacques*, y tras ella, recuperada la calma, *Las ensoñaciones* como fruto de una huida de Rousseau hacia sí mismo y de la evasión hacia un orden natural, armónico, incontaminado de las impurezas de la sociedad, quizá de las impurezas de la humanidad. Los *Diálogos* y *Las ensoñaciones* constituyen esa crónica de la evasión y del refugio de Rousseau, que no por ello –aunque diga lo contrario– olvida el mundo que lo rodea. De ahí la evasión que no se evade, la negación de los destinatarios naturales de la escritura, la elegía hecha por el propio difunto, la defensa *pro vita sua* para sí mismo como disculpa para exponerla a los demás.

Sobre la traducción

El manuscrito de *Les Revêries*, inacabado, lleno de tachaduras y variantes no definitivas, fue iniciado en el otoño de 1776, y sólo están revisados por Rousseau los ocho primeros paseos; el noveno no tiene siquiera una segunda lectura del autor, y el décimo, escrito «hoy, día de Pascua Florida», es decir, el 12 de abril de 1778, dos meses y medio antes de su muerte, quedó en estado fragmentario. Editado por Moulton y el marqués de Girardin en la edición de *Œuvres complètes* de 1782, ha sido objeto de investigaciones eruditas que han conseguido fijar un texto casi definitivo. En algún caso he utilizado las variantes propuestas por esas ediciones para la traducción. He anotado las alusiones imprecisas del texto a hechos concretos de la biografía rousseauiana, y las variaciones sémicas de algunos términos.

La lectura de *Ensayo sobre el origen de las lenguas* de Rousseau me ha servido para moverme en el terreno de la puntuación, que también ha provocado quebraderos de cabeza a los editores franceses del manuscrito. Es la de Rousseau una puntuación irregular, personal, no sometida a las reglas académicas actuales y dificultada además por el carácter inconcluso del texto. Es más sentimental que gramatical, y refleja, para Henri Roddier,

la versatilidad de su espíritu; los tiempos de parada se multiplican cuando quiere recalcar sus afirmaciones o hacer más incisivos sus argumentos, espaciándose por el contrario la puntuación cuando se abandona a la inspiración o a la ensoñación. Mejor aún, la ausencia generalizada de vírgula entre los términos sucesivos de una enumeración, por ejemplo,

permite al parecer concluir en una puntuación oral que nos revela la cadencia misma de Jean-Jacques, tan característica de la vivacidad de su naturaleza.

Como complemento a *Las ensoñaciones* añado cinco textos íntimamente ligados a ellas, además de una breve cronología. El primero de ellos, las *Cartes à jouer*, que he traducido por *Cartas de baraja*, fue encontrado entre los papeles de Rousseau por el marqués de Girardin, su amigo de los últimos días. Los críticos se hallan divididos sobre el lugar que ocupan dentro de la obra de Rousseau: unos las consideran memorándums para la escritura de paseos; otros aducen que varios textos de las cartas se refieren a las *Confesiones* (las números 20 y 21, por ejemplo). Se desconoce, por otro lado, si la numeración procede de la mano de Rousseau: sólo M. Raymond asegura el autógrafo de los números de las primeras. Las cartas 22 a 27, sin embargo, se hallan emparentadas con toda evidencia con la convalecencia de Rousseau tras el accidente del 24 de octubre. Otro hecho discutible es la ordenación de las cartas, que procedería de Girardin si es que no las numeró Rousseau. Su lectura ha sido un *tour de force* para los estudiosos: escritas muchas a lápiz y repasada luego la escritura con tinta, ni siquiera es fijo su número. Otra observación hecha sobre ellas es la corrección estilística a que Rousseau somete incluso un borrador como éste. Lo único indudable es la estrecha relación que mantienen en conjunto con *Las ensoñaciones*.

No menos polémicas ha suscitado el segundo texto, *Mon portrait*, hallado en hojas de diverso tamaño y quizá de distinta época, en una carpeta titulada por el propio Rousseau. Para M. Raymond, los 55 fragmentos debieron

de ser escritos entre 1755 y 1762, período en el que Rousseau se hallaba ya obsesionado por la idea de escribir su biografía justificatoria.

El tercero de los textos reúne cuatro cartas dirigidas a Malesherbes en enero de 1762, a raíz de sucesos clave en su biografía: la igualdad de tono, de queja, de disculpa, de propuesta y de «hagiografía» con *Las ensoñaciones* es notoria. A finales del año anterior, la Librairie Malesherbes había iniciado la composición tipográfica del *Emilio* en medio de la mayor clandestinidad. Rousseau, sin embargo, no parece creer en ella y ve amenazas contra él y contra su libro, procedentes sobre todo de los jesuitas: la violenta crisis que en él se produjo ante tales sospechas se agravó con un deficiente estado de salud, provocado por las retenciones de orina, que le hicieron guardar cama en noviembre de 1761; durante varias semanas se sintió al borde de la muerte. En estas circunstancias se vuelve a Malesherbes para exponerse y hacer un recuento biográfico y caracterológico personal, considerado como el primer esbozo de *Las ensoñaciones*.

En cuanto al cuarto texto, la semblanza de Rousseau hecha por Bernardin de Saint-Pierre a poco de la muerte de Rousseau es un escrito fragmentario: Saint-Pierre pretendía hacer el elogio de Rousseau, considerándolo merecedor de ello, al igual que la Academia Francesa había considerado a Voltaire merecedor de un concurso para el elogio del autor de *Candide*. Sin embargo, no llegó al final de su empeño: ofrece una versión íntima del autor de *Las ensoñaciones*, una evocación doméstica de los hábitos, querellas y manías cotidianas de Rousseau.

El quinto texto, del abate Rozier, sirve de ejemplo de la lectura que Rousseau hacía entre líneas para sentirse aludido. Henri Roddier, en su edición, subraya la frase «abierto a las rutas que conducen a las verdades de la naturaleza» como la única que guarda algún parentesco con la dedicatoria.

Mauro Armíño

Bibliografía

Fuentes

- ROUSSEAU, J.-J., *Œuvres complètes*. Publicadas bajo la dirección de B. Gagnebin y M. Raymond, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1959-1995, 5 vols. El texto de *Les confessions* se encuentra en el tomo I, que recoge además el resto de los escritos autobiográficos.
- ROUSSEAU, J.-J., *Les confessions*, ed. de Jacques Voisine, París, 1964.
- , ed. de J. Lecercle, París, 1962.
- , ed. de M. Launay, con introducción de J. Fabre, París, 1966.
- , ed. de Gagnebin y Raymond, con prefacio de J.-B. Pontalis, París, 1973.
- ROUSSEAU, J.-J., *Le Devin du Village*, grabación de 18-20 de julio de 1991, por Alpe Edria Ensemble, bajo la dirección de René Clemencic, con el «Coro Gottardo Tomat» de Spilimbergo dirigido por Giorgio Kirschner y Eva Kirchner (Colette), Dongkyu Choy (Colin) y Thomas Müller de Vries (el Adivino). Italia, Nuova Era Records, 1991.